

# DON'T STOP

y otros relatos

Eduardo J. Solo



TÍTULO: *Don't stop y otros relatos*

AUTOR: *Eduardo J Solo*©, 2021

COMPOSICIÓN: *HakaBooks - Optima, cuerpo 12*

DISEÑO PORTADA: *Hakabooks*©

FOTOGRAFÍAS CUBIERTA: *aportada por el autor*©

2ª EDICIÓN: *febrero 2022*

ISBN: *978-84-120889-8-4*

DEPÓSITO LEGAL: *B 16717-2021*

HAKABOOKS

*08204 Sabadell - Barcelona*

☎ *+34 680 457 788*

🏠 *www.hakabooks.com*

✉ *editor@hakabooks.com*

📘 *Hakabooks*

*Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier forma de cesión de la obra sin autorización escrita de los titulares del copyright.*

*Todos los derechos reservados.*

*a la mujer palabra, la Mercè, de quién  
brotan mis historias...*



# ÍNDICE

Prefacio	11
A Luz	15
Los sueños no son lo peor	21
Don't stop	33
Lorena, hasta que supe su nombre	43
Puerta B	53
Excelentísima	67
Dragón 100%	79
Conejito cuántico	87
Agradecimientos	97



## PREFACIO

A partir de ahora, no recordarás nada de lo que leas. Cuando alguien te pregunte sobre lo que leíste o si al ordenar tu escritorio das con la portada de esta colección de cuentos, tendrás que forzar tu memoria para lograr hilvanar algo de lo escrito aquí. Y no te culpo: según los últimos estudios, esto nos pasará a todos y cada uno de los que tenemos un cerebro humano, así que asumo el precio del olvido. Sí, lo admito, tuve la idea de la inmortalidad mientras tecleaba durante horas y horas delante de la pantalla, pero yo mismo me olvidé de mis cuentos y tuve que llenar mi vida de *post-its* con palabras clave; tuve que programar avisos en mi agenda que hicieran saltar todas las alarmas y enviarme a mí mismo notas escritas, ya estuviera en el tren de cercanías o en la cola de correos, o en cualquier lugar donde surgieran las buenas ideas... O al menos así las sentía yo hasta que luego, al revisarlas en mi escritorio, las descartaba sistemáticamente. Esto que estás leyendo es la nota 197 de la aplicación

de «Mis Notas» de mi teléfono, algo desarrollada en el editor de casa, semanas después de haber sido enviada a mi correo electrónico con el asunto «No recordarás nada de lo que lees». Así que, si sigues leyendo, corre por tu cuenta, que conste la advertencia: el contenido se va a mezclar en la trenza de datos infinitos de un día cualquiera, con el anuncio que encuentren tus ojos al levantar la vista, con el gesto de esa señora, con el documento adjunto, con las fotos de tu perfil o con la letra de la última canción añadida. Sólo puedo decirte, aun a riesgo de despistarte, que lo que sigue a continuación es un delirio sin importancia, una suma de confesiones íntimas, una serie de descubrimientos que tal vez podrían cambiarte la vida si lograras recordar algo dentro de un año, o de diez, o si justo en el momento adecuado lo que aquí leíste encajara con tu realidad y te sirviera para descifrar el enigma que te trajo hasta mí. Pero descuida, eso no va a pasar, estas palabras rebotarán algunas horas por los túneles de tu neocórtex para colarse poco a poco en las cloacas de tu subconsciente, y una vez allí serán desaguadas en alguna neurofosa séptica y pasarán a engrosar las aguas negras de la desmemoria. Aun así, a pesar de que este fenómeno del olvido —pura supervivencia de tu psique bombardeada— se producirá sin remedio, hay algo que vale la pena que sepas, y es que no te he dicho toda la verdad. Hay algo que sí recordarás, algo superficial, pero no por ello menos importante: recordarás el lugar en el que disfrutaste de este instante de lectura. La luz que iluminaba la hoja o la pantalla, la temperatura que te

envolvía o la atmósfera que tus sentidos almacenaron en algún rincón del hipocampo. Recordarás las emociones que emergieron en ti al descubrir los motivos, las visiones y los anhelos de los personajes. Y aunque sólo sea eso, aunque sólo recuerdes briznas, retazos y fragmentos, o la liviandad de este prefacio, puedes estar seguro de que para mí ya habrá valido la pena.





## A LUZ

La fronda del bosque apenas deja pasar los rayos de luz. El sol se cuele entre las ramas, parpadeando sobre mis ojos. El tono anaranjado del ocaso se degrada hacia el añil, que a su vez tiende a la oscuridad. Acepto que venga la noche y, con ella, que las sombras fundan en negro mi paso. Camino que va sin dónde ni cuándo, sólo con la respiración invisible de los árboles, el flujo atómico de su savia, la aspiración de sus semillas... A solas, en la vereda donde se cruzan el canto de los pájaros diurnos y el susurro de las almas nocturnas. Brote y humedad. Aquí soy algo que está por suceder, más instinto que estrategia.

Alguna estrella asoma ya, y en el lado opuesto por donde el sol se va, todo es oscuro. «Vacío, serenamente vacío», me digo. En lo profundo de mi percepción, un corazón bombea a ritmo de tambor. Sube la presión, y la circulación sanguínea hormiguea sobre mis manos, mis brazos, mis piernas... Un escalofrío recorre toda mi columna, vértebra a

vértebra, enredándose en ella como una serpiente. Presiento. Aun así, no me detengo, procuro mantener los ojos bien abiertos y la conciencia tranquila para que no me encuentren los pensamientos. De noche por el bosque sin temer, recordando que por aquí caminaron mis ancestros durante cientos de miles de años, guiándose por los indicios, por los olores, por las constelaciones...

Intuyo a lo lejos un claro en el bosque, y hacia allí me dirijo. Queda un leve rastro de luz que perfila tenuemente las copas de los árboles. Al llegar al claro, me detengo a tomar aire. No hay luna, y sin ella el universo entero se extiende ante mí. Si hubiera algo que decir sería ahora, si hubiera algo que aprehender sería aquí. Y sin embargo, ni digo ni concibo nada, sólo me entrego a este infinito diseño estelar.

Pero es aquí y ahora cuando vislumbro un punto brillante entre la maraña de luces del cielo, un reflejo casi imperceptible que, fugaz, turba mi atención. Es tan sólo un destello, como la chispa de una idea que atraviesa la mente sin instalarse, sin detenerse. Si no fuera porque su luz constante rompe la intermitencia de las demás estrellas, pensaría que son sólo imaginaciones mías, pero enseguida se hace evidente que ese punto no es ningún cuerpo celeste conocido. Sus movimientos verticales son imposibles, avanza y se detiene a gran velocidad, tengo la impresión de que está rastreando el terreno en busca de algo. El foco de luz crece al acercarse.

Paralizado por la fascinación y el temor, dudo entre esconderme o hacer señales para ser visto.

Tiemblo, sudo y, a la vez, anhelo. Si un instante atrás nada presagiaba el contacto, ahora esa posibilidad cobra fuerza. Se hace un silencio súbito. Sólo un zumbido resuena, más envolvente cuanto más cercano está el objeto. La noche ha enmudecido. La brisa y el tiempo se han detenido. Hasta mi respiración está retenida por la contracción del diafragma. Siento una calma tensa, la que precede a la sorpresa, y mi estómago se sacude el miedo hacia el resto del cuerpo en pequeños espasmos que van desapareciendo a medida que el objeto se acerca. La luz, que ahora está llegando a gran velocidad, se descompone en tres luces muy juntas que forman una esfera.

Con un movimiento brusco, la esfera se detiene justo encima de mí. A tan poca distancia que, si diera un pequeño salto, podría tocarla. No sabría decir cuál es su volumen, aunque es lo suficientemente grande para iluminar por completo todo lo que me rodea.

Suspendida, en rotación continua, la esfera gira sobre su propio eje. La luz que emana es de tal intensidad que debería estar cegándome, y sin embargo no puedo dejar de mirarla. Tengo aquella sensación hipnótica que se tiene al mirar las llamas en el fuego. La esfera palpita: se contrae y se expande. Y yo me contraigo y me expando con ella hasta que nos sincronizamos. «Estoy bien —me digo—, nada malo puede pasar», y al oír mi propia voz me doy cuenta de que, en realidad, estoy hablando con algo, con alguien. Una presencia inteligente parece haber sintonizado mi consciencia y

está comunicándose conmigo de manera cálida. Es un susurro, una voz suave y segura que me transfiere un propósito secreto.

De aquella forma perfecta se abre una compuerta que proyecta un haz de luz azul hasta mis pies, invitándome a subir. Ya no decido, solo fluyo a cada sugerencia sin preguntas, sin barreras. Desubicado, pierdo el sentido de lo que es arriba y lo que es abajo. El suelo se ha disuelto y me siento flotar en medio de una cúpula vibrante. Estoy dentro y hace calor, un calor húmedo.

No sé ni cómo ni de dónde, pero una cascada de recuerdos emerge desde el abismo hasta mi consciencia. Recuerdo ser mil hombres, recuerdo ser mil mujeres, recuerdo ser cuadrúpedo y peludo, sin pelo y anfibio, recuerdo ser pez y ameba, célula, átomo, electrón, luz... Recuerdo ser la esfera.

Aquí dentro todo es muchísimo más grande que allí fuera, y sin embargo es un lugar acogedor. Sin límites definidos, la perspectiva se pierde en la cantidad de luz blanca que hay en el fondo. No veo demasiado bien, mi visión es borrosa, pero aquello de ahí son figuras con forma humana. A contraluz, envueltas por una neblina verde, permanecen de pie en el centro de la estancia formando un semicírculo ante mí. Me miran intensamente, y yo sólo distingo grandes ojos en sus caras, ni boca ni nariz, sólo ojos radiantes concentrados en mí.

El zumbido aumenta de intensidad y, entrelazado en él, oigo un murmullo de palabras que no entiendo. Aun así, sé que susurran algo. Sé que susurran misterios. La estancia es metálica, muy

blanca. Hay sombras revoloteando a mi alrededor. Soy incapaz de detenerme. El bienestar se torna inquietud. Les pido ayuda, pero no me oyen. Quiero gritar, pero no sé. Todos los músculos responden, y sin embargo nada se mueve. Ansiedad. Quiero huir de mi cuerpo atrapado, encajado en esta atmósfera húmeda, estrecha y angosta. Mi cabeza va a estallar si nadie me saca de aquí.

Una de las criaturas rompe la formación. Su figura es imponente, alta, enorme. Me observa con mucha atención, y de repente se abalanza hacia mí, acerca sus extremidades hacia mis hombros y emite un sonido alarmado, de arrebató. Aprieto. En un acto instintivo, aprieto y me resisto a ceder. Pero siento que tiran de mí y que, con cada impulso, resbalo hacia el exterior.

Un intenso ahogo me sobreviene, todo es viscoso. Ahí fuera el estruendo es inquietante, los sonidos rebotan sin control y me dejan aún más aturrido. Oigo el tambor palpar, raudó, marcándome el ritmo de la existencia. Sé que debo ceder, dejarme llevar. Sé que ya no hay vuelta atrás, que el impulso se desvanece en cada una de las contracciones de mamá y que, si esta vez no lo consigo, tal vez no habrá más oportunidades.

Así que, con un último esfuerzo, me impulso hacia adelante. Y de repente algo cede, y al ceder recobro el aliento y sigo empujando, guiándome por los gritos de ella. Mi corazón retumba con fuerza y una bocanada de aire llena mis pulmones, y en una ráfaga de un milisegundo mi vida futura pasa ante mis ojos. Y aquellos seres logran agarrarme y

liberarme de este desasosiego absoluto... Y es entonces cuando siento el amor más grande que nunca sentí, y lloro de alegría, y de dolor, y de frío, y reconozco mi hogar entre los pechos de mi madre que, exhausta, también llora, ríe y me besa.



*Audiolibro disponible  
en el siguiente QR*

